



# ***"Relación entre ficción y realidad, una mirada a la experiencia de lectura desde Paul Ricoeur"***

**Por: Alejandra Rojas Cano.**

Filósofa de la Universidad de Antioquia.

alejarojas110110@gmail.com

"Un texto no es una entidad cerrada sobre sí misma; es la proyección de un universo nuevo, distinto de aquel en el cual vivimos".

**-Paul Ricoeur<sup>1</sup>**

## ***Resumen:***

En este trabajo se busca realizar una lectura de Paul Ricoeur, principalmente en sus textos *La función hermenéutica del distanciamiento* y *La vida: un relato en busca de narrador*, con la intención de explorar cómo se configura la experiencia de lectura y, más específicamente, abordar la cuestión respecto a cuál es la capacidad performativa de la lectura, intentando mostrar la manera en que la relación lector-obra configura el *sentido* a modo de acontecimiento en ambos. La interpretación, al ser aquello que posibilita esta performatividad<sup>2</sup>, será el concepto a tratar a modo de defensa con Ricoeur y en contraposición con Susan Sontag en su texto *Contra la interpretación*.

***Palabras clave:*** Interpretación, lectura, lector, ficción, realidad.

La escritura es considerada comúnmente como el medio por el cual el ser humano, gracias a su capacidad de lenguaje, registra de manera histórica su realidad. Sin embargo, el lenguaje escrito tiene diferentes modos que atienden a intenciones tanto intelectuales como emocionales. Un ejemplo es la diferencia entre la escritura filosófica y la escritura literaria. Aun así, se entiende que, todo modo de escritura es un intento de representación de la realidad humana. Pensemos en el caso de la literatura como creación de ficciones que parten de la realidad, pues, esto implica necesariamente preguntarse cuáles son los alcances de la literatura para configurar la experiencia del lector, o, si esta se limita a ser creación del ser humano por medio de la interpretación de una

<sup>1</sup> La vida, un relato en busca de narrador.

<sup>2</sup> En este texto, el concepto de performatividad se entiende como aquello que, al momento de aparecer, genera un efecto de acción en el espectador.

realidad determinada.

Si se quiere afirmar que, la literatura tiene un papel configurativo de experiencias para el lector, se hace necesario preguntarse por sus posibilidades. La ficción es la herramienta mediante la cual la literatura se expresa y es esto, lo que la diferencia del lenguaje histórico y filosófico, debido a que, estos tienen la pretensión de explicar realidades y de estar sujetos a lo que consideran una verdad del acontecimiento. En la medida en que la literatura no está sujeta a estas pretensiones, ¿puede esta tener una relevancia en la instauración de la experiencia humana?

El lenguaje implica en el ser humano una naturaleza narrativa, la cual se manifiesta en el sujeto, no sólo en el hecho de contar su cotidianidad, sino también en actos propios de sí como la escritura, en la que, más allá de configurar un decir para el otro, aparece la figura del lector. A partir de este personaje que aparece como resultado del lenguaje es que se plantea la cuestión respecto a la cual se desarrolla esta cavilación, a saber: ¿cómo se configura la experiencia de la lectura? De la mano de esta cuestión también se afrontará la siguiente pregunta específica: ¿cuál es la capacidad performativa de la lectura? Planteada de otra manera sería: ¿cómo en esa experiencia de lectura aparecen acontecimientos en la experiencia de vida del lector? Para tal acción, el acto de interpretación es el vínculo directo y necesario entre el texto y el lector. Por lo tanto, es a través del concepto de interpretación que se puede pensar el tema de la experiencia de lectura. La interpretación es un ejercicio de apropiación de la información que se recibe, al cual está sujeto todo modo del lenguaje y, por ende, el texto. El trabajo del lector es el de la interpretación puesto que, por medio de la lectura se genera su vínculo con el texto al que se enfrenta.

Aceptando que, la interpretación tiene la condición de puente entre la obra y el espectador, pongamos la mirada en algunas perspectivas que se han tenido de este concepto. En Aristóteles, todos los estímulos que recibe el hombre desde el exterior dejan en él una marca que implica una noción de aquella afectación, por lo que, entender lo que se anuncia es, en cualquier estímulo, incluso primario, una interpretación, por ejemplo, al ver una imagen o escuchar un sonido. En lo que respecta al lenguaje, la recepción de estas nociones trasciende la mera impresión, puesto que, el contenido se vuelve contextual. El lenguaje, desde la palabra, se impone al sentido en un lugar y un tiempo, por lo que, estas implicaciones acompañan al texto. Esta ubicación del sentido implica en Aristóteles que, para ser realmente sentido lo que se dice debe enmarcarse en un modelo lógico. Se hace necesaria la correspondencia de sentido entre la enunciación del sujeto y el sentido del verbo para que la interpretación se dé (Aristóteles 17a 15-25) Se tiene entonces que, desde pensadores como Aristóteles, la interpretación se ha relacionado con el sentido el que expone de lo que se enuncia, en esta medida, se puede hablar de un sentido lógico.



En una visión contemporánea del concepto de interpretación se pueden contrastar dos acepciones. Por un lado, la perspectiva desde la cual interpretar es explicar el sentido de una obra, por otro lado, la mirada desde la cual interpretar es hacer una *apropiación* crítica de la obra. A esta primera acepción, Susan Sontag hace una aguda crítica presentando la interpretación de la siguiente manera: “Por interpretación entiendo aquí un acto consciente de la mente que ilustra un cierto código, unas ciertas «reglas» de interpretación” (Sontag, 1984, pág. 17). La connotación que la autora le da a dichas reglas es llevar nociones externas a la obra e imponérselas.

La crítica de Sontag a esta imponencia de la interpretación parte de un aspecto en común con un autor como Paul Ricoeur: la obra no es una representación a modo de copia de la realidad, sino que es una creación que se hace a partir de sus elementos, no es una mimesis representativa, sino, en palabras de Ricoeur, una *mimesis creadora*. En este sentido, ambos autores están de acuerdo con que cada obra impone en sí misma su propio mundo, la diferencia de la visión de ambos se encuentra en la perspectiva desde la cual se da el contacto con la obra en la medida en que esta -la obra- es algo vivo por sí misma. Para Sontag, pretender una explicación de la obra con nociones externas a ella misma es violentarla. Para Ricoeur, sin embargo, no hay una imposibilidad en la relación entre lo externo y lo interno de la obra, debido a que, en la interacción de ambos mundos es donde se genera un verdadero significado. Este punto de acuerdo permite una comparación entre la interpretación de Ricoeur y Sontag.

La segunda mirada en la cual interpretar es apropiarse de la obra, es donde se posiciona Ricoeur de una forma particular. Para este, la interpretación es lo que resulta del contacto del mundo del lector -es decir, aquello con lo que el sujeto que lee se acerca a la obra, todos sus prejuicios y construcciones de sí mismo- y el sentido del texto. Para Sontag, la interpretación es una alteración del texto o la obra camuflada en una intención de permanencia de sentido que, claramente se le impone. De ahí que, interpretar se convierta en alejarse de la obra bajo la máscara de un acercamiento, por lo que no se trata de experimentar lo que la obra puede decir por sí misma, sino de sacarle un entramado de subtextos que surgen del entendimiento prefijado en el lector, el cual dirá que ese es el sentido real de la obra solo porque en su esfuerzo de encontrar un sentido le impone sentidos propios.

Sontag defiende que, el sentido de la obra es puesto por el autor y, cuando la obra se presenta al espectador, éste no tiene que hacer nada con su sentido legítimo puesto que, este ya está ahí, mientras que, para Ricoeur, la aparición de un texto u obra concretado y definido no es posible, puesto que, es en el momento del encuentro de la obra con el lector que se configura su sentido. Mientras que, para Sontag el autor es el artífice absoluto de la obra, para Ricoeur el texto se vuelve independiente del

autor; el sentido del texto, si de alguien ha de estar lejano, es del autor en el momento en que se encuentra con un lector. Sontag presenta el mundo conjunto de autor y obra, más estrictamente de la obra por sí misma, mientras que, Ricoeur expone como mundos posibles las siguientes relaciones: autor- obra, obra en sí misma, obra-lector. Solo en esta última relación es donde se puede pensar en una configuración real del sentido. Si bien ambos autores concuerdan en que la obra es un mundo en sí mismo, en la perspectiva de Sontag, enfrentarse a la obra con una intención interpretativa es un contacto trasgresor con ésta, por el hecho de obligar a una vida auténtica, a defenderse de un mundo de sentido impuesto. Por el contrario, para Ricoeur, que en el contacto con la obra se dé una relación entre su contenido y la mente del espectador es, necesariamente una interpretación que fundamenta el sentido mismo de esta.

Para la autora, el hecho de llegar a la obra con una intención interpretativa es ponerse una venda en los ojos frente a ésta. La interpretación se convierte en veneno para los sentidos, los enturbia y no permite un contacto desde la experiencia, en este sentido, ir con la intención de ver algo en la obra entorpece la experiencia de lectura puesto que, dicha experiencia debe atender principalmente a los sentidos para lograr despertar la imagen suscitada por el texto y no al entendimiento de sus significados. Sontag expone que, toda obra es una experiencia y no una transcendencia de sentidos. En una sociedad como la nuestra, la interpretación juega un papel asfixiante que “envenena hoy nuestras sensibilidades” (Sontag, 1984, pág. 20). La necesidad de racionalizar toda expresión implica suprimir lo que nuestros sentidos y lo que un acercamiento distinto al arte, pueden decir. Pero, al ser toda obra una forma del lenguaje y este, a su vez, una expresión de la razón, ¿cómo más puede haber un acercamiento al arte? ¿Se puede hacer interpretación con los sentidos, sin racionalizar? No obstante, el problema con la noción de interpretación de Sontag radica en la parte de la idea en que, toda interpretación pretende traducir la obra a un *solo* mundo real, un *solo* mundo existente. Es en este punto donde reside la principal diferencia y la importancia de la noción de interpretación de Ricoeur, pues para este, el propósito de la hermenéutica no es configurar todo arte en un solo sentido que pertenezca a un mundo único, sino poder acercarse, a partir de esta, al mundo propio de cada obra, no para dejarlo en la obra solamente, sino para que, a partir de ese acercamiento se reinvente tanto el lector como la obra y así, la interpretación no lleve a una reducción de la obra a un solo mundo, sino convertir la obra en tantos mundos posibles como lectores hayan.

Dado lo anterior, la interpretación para Ricoeur permite pensar la experiencia de lectura como un acto configurador de experiencia y además como un acto que posibilita la performatividad en la vida del lector, pues lo que se busca es una dialéctica entre la recepción de mundos y la creación de mundos en el acontecimiento que es leer. Allí hay una conjunción de lo racional y lo



sensible. Por tanto, la interpretación desde el sentido que presenta Ricoeur es el dialogo entre los extremos que se pueden pensar en corrientes como la que adoptaría el pensamiento de Aristóteles, la razón lógica como interpretación y las que lo harían con el sentido de Sontag, una entrega de los sentidos al arte.

Por esto, es necesario establecer la experiencia de lectura como un dialogo en sí misma. Se trata de un movimiento entre lo que reside en el texto y el recibimiento del lector. No se trata de un movimiento unilateral, puesto que, hay un flujo necesario entre la *mente* del texto y la del lector, debido a que ambos le dan sentido al otro en el transcurso del ejercicio de lectura; es un movimiento correspondido. Todo lector es un sujeto que llega al texto con un contenido de vida prefigurado y es con esta individualidad con la que se enfrenta a la obra. No obstante, dicha subjetividad del lector no es estática y al acercarse a cualquier obra se reconstruye, por el hecho que, se enfrenta a algo nuevo de lo cual se apropia.

Ricoeur toma el concepto de *intriga* de Aristóteles para posicionarlo como algo presente en todo acto de lectura. La intriga se expone en ambos autores como movimiento, el cual configura la historia y su sentido. Sin embargo, esta realización del sentido no se da en el momento de la escritura, sino que, para Ricoeur la construcción del sentido del texto se da en la experiencia de lectura, posicionando al lector como el autor del texto que lee para sí y con esto, dota necesariamente de un carácter interpretativo al texto. Si cada lector forma su propio sentido del texto, entonces ningún texto puede *ser* sin intérprete. No obstante, para Ricoeur lo que se llama experiencia de lectura no es la interpretación que queda como resultado de ésta, no es el registro posterior que pretende dar cuenta del texto, sino el momento en que se *vive* la lectura, en el que se *habita* la lectura.

En esta medida, la interpretación se vuelve experiencia de lectura en el momento en que deja de ser un registro o derivado de la lectura y se convierte en el lugar en que aparece la narración, tanto en el lector como en el texto. En este punto aparece la performatividad de la lectura, debido a que no se trata solo de lo que dice el texto, sino también de lo que sucede en el lector y lo que esta experiencia implica, a su vez, en el sentido del texto. Para Ricoeur, el acto de lectura tiene carácter de acontecimiento.

Para pensar la forma en que la lectura se convierte en un campo que implica una acción en el sujeto que lee, se debe pensar la relación entre vida y narración. La vida es una narración en sí misma, Ricoeur nos muestra esto constantemente al presentar que todo modo de lenguaje, en el cual habitamos, está atravesado por elementos tanto históricos como ficcionales. Sin embargo, para éste pensar la vida como narrativa no es tan simple como decirlo, es una afirmación cuidadosa. Poner

la atención en esta relación implica tener en cuenta que, para Ricoeur hay dos dimensiones en las cuales se puede pensar la escritura. La historia relatada tiene dos tipos de tiempo: uno en el que la historia se cuenta de forma tal que se deja abierta la posibilidad de seguirse desarrollando, de seguir profundizando en ella; el otro tiempo del que participa la concluye, cierra sus posibilidades de forma. Así mismo y de manera simultánea, el tiempo tiene dos movimientos, por un lado, es lo que pasa y desaparece, por otro lo que dura y permanece. Estos tiempos son el escenario donde confluyen el texto y el lector. El relato tiene la capacidad de instaurarse en ambas categorías del tiempo, de esta manera puede establecerse a partir de lo que transcurre y de lo que puede ser permanencia. Para el lector, es el espacio de lectura lo que le permite salirse de un tiempo y situarse en otro.

En este sentido, el relato es un vínculo con la vida y con la historia misma, puesto que, la reconfigura al presentarle al lector algo para interpretar. El sentido del texto se encuentra en la conjunción entre éste y el lector. El relato, por tanto, transfigura la experiencia del lector, pero el lector, a su vez, lo define. Esta codependencia la expresa Ricoeur de la siguiente manera, tomando como elemento del texto al lenguaje literario, “de la misma manera que el mundo del texto solo es real porque es ficticio, es necesario decir que la subjetividad del lector solo aparece cuando se la pone en suspenso” (Ricoeur, 2002, pág. 109). En el momento en el cual el texto y el lector se encuentran y su experiencia se aísla de los otros estímulos del lector, se da la configuración de una historia en ambos, entendiendo historia como acontecimientos vividos.

Al incluir al lector en la naturaleza del texto, Ricoeur expone como necesario entender que la obra literaria tiene, a su vez, tres dimensiones en las cuales se instaura: la relación entre hombre-mundo, hombre-hombre y hombre- sí mismo. Para entender realmente la relación entre lector y texto se debe pensar la configuración interna del texto y la reconfiguración externa de la vida, ya que es a partir de estas relaciones que el hombre puede configurarse a sí mismo en su contacto con la obra. Pensar así la narración permite notar que la relación entre vida y narración es muy estrecha, si se lee esta relación bajo la siguiente afirmación de Ricoeur “una vida no es sino un fenómeno biológico hasta tanto no sea interpretada” (Ricoeur, 1989, pág. 6). Se puede pensar que, es realmente difícil comprender un hecho vital, histórico o individual, sin el acto de narrarlo. La realidad está atravesada por símbolos que a través de su interpretación brindan un sentido propio, así, en el acto de escritura y de lectura se manifiesta la manera de transcribir la expresión de la realidad, tanto del mundo como de sí mismo.

A partir de lo anterior, se puede afirmar que, la narración configura la experiencia de lo vivido. Se trata entonces de una relación dialéctica en la cual la configuración del sentido del texto y de la experiencia de vida es una correlación simbiótica del lenguaje como modo de habitar, en



palabras de Ricoeur, “mediante la ficción, mediante la poesía, se abren en la realidad cotidiana nuevas posibilidades de *ser-en-el-mundo*, ficción y poesía se dirigen al ser, no ya bajo la modalidad de *ser-dado*, sino bajo la modalidad de *poder-ser*” (Ricoeur, *Del texto a la acción, ensayos de hermenéutica II*, 2002, pág. 108). Ricoeur muestra la literatura como el vínculo más claro que puede tener el hombre con la narrativa para que, a partir de una experiencia de lectura, de un contacto, verse a sí mismo en su ser y en su posibilidad, debido a que es a partir de la ficción que el texto puede mostrar, a través de un mundo común para todos los hombres, el mundo posible para cada uno. En aquí donde la lectura permite una experiencia para todos a la vez de un mundo posible para cada uno, lo cual sitúa la discusión en un sujeto colectivo a partir del texto. Se tiene entonces que, la implicación que trae consigo el texto frente a su primer contacto, el lector, es el hecho de reconstruir el mundo de éste a la vez que el lector tiene como implicación en el texto mismo construir su sentido.

En la experiencia de lectura no sólo se tiene una experiencia subjetiva que permite una formación del individuo, sino que aparece una instancia ética a partir del reconocimiento de la otredad en la ficción. En dicha experiencia, hay un dialogo subjetivo con la obra que permite no solo conocerse a sí mismo, sino también a los otros a partir de lo que reconozco en mí. Esta comprensión del sujeto como otro a través de la comprensión de un yo se da gracias a un código en común: el lenguaje. El texto permite que el lector se acerque a sí mismo y que se piense no solo como individuo sino como colectividad, permite reconocer el pensar y el sentir del otro. El comprenderse en la obra no se limita a la subjetividad del yo sino a la pluralidad que constituye ese yo: “comprender es comprenderse ante el texto” (Ricoeur, 2002, pág. 109).

### **Referencias Bibliográficas:**

- Aristóteles. “Sobre interpretación”. En: *Tratados de lógica (Órganon)*. Madrid: Editorial Gredos, 1988.
- Ricoeur, P. “La función hermenéutica del distanciamiento” En: *Del texto a la acción. Ensayos de Hermenéutica II*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Ricoeur, P. “La vida, un relato en busca de narrador” En: *Educación y política*, Buenos Aires, Docencia, 1989.
- Ricoeur, P. “Tiempo y narración. La triple mimesis” En: *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Madrid, México, Siglo XXI Editores, 1995.
- Ricoeur, P. “Mundo del texto y mundo del lector” En: *Tiempo y narración. El Tiempo narrado III*. Madrid, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- Sontag, S. *Contra la interpretación y otros ensayos*. Seix Barral, Barcelona, 1984.